

El Padre, el Feminismo y la Ordenación de la Mujer

Prefacio

C.S. Lewis vio la ordenación de mujeres al sacerdocio como el primer paso en la deformación del cristianismo en una religión diferente.¹

“Supongamos que el reformador deja de decir que una buena mujer puede ser como Dios y comienza a decir que Dios es como una buena mujer. Supongamos que dice que lo mismo podemos orar a “Nuestra Madre que estás en los cielos” que al “Padre Nuestro.” Supongamos que sugiere que la Encarnación podría haber tomado una forma femenina o masculina, y que la Segunda Persona de la Trinidad podría llamarse tanto Hija como Hijo. Supongamos, finalmente, que el matrimonio místico se invirtiera, que la Iglesia fuera el Esposo y Cristo la Esposa. Todo esto, a mi parecer, está implicado en la pretensión de que una mujer pueda representar a Dios como lo hace un sacerdote.”

Muchos de los que se oponen firmemente a la ordenación de mujeres al episcopado y al sacerdocio considerarían que este supuesto vínculo con la génesis de una nueva religión es, en el mejor de los casos, tenue. ¿Sin embargo, carece la hipótesis de Lewis por completo de justificación o mérito? Necesitamos abordar esa cuestión en una consideración más amplia de los antecedentes de la cuestión de la ordenación femenina y en el contexto del feminismo.

El Padre y el Feminismo

El feminismo es algo muy difícil de definir y las feministas de ninguna manera se ponen de acuerdo sobre qué es el feminismo. Para algunas, el feminismo no es más que un intento de corregir la desigualdad de oportunidades entre los sexos en el empleo y los roles de género en la familia y la comunidad. Para otras, el feminismo es una batalla contra la supuesta represión de todo lo femenino por parte de los hombres; la única solución para ello es una guerra de género sin cuartel hasta recuperar el terreno perdido. Hay variantes religiosas del feminismo basadas en el primer punto de vista que se contentan con asegurar la intercambiabilidad de funciones entre hombres y mujeres en todos los niveles de la vida de la Iglesia. Para ellas, trabajar por la primera mujer Papa (legítima) es una tarea sagrada. Otras feministas religiosas más militantes, que basan sus puntos de vista en el segundo modelo de guerra de género, consideran que el cristianismo es ineludiblemente patriarcal y opresivo. Estas buscan una nueva religión con algunos vínculos con Jesús, pero rehabilitando esencialmente el culto a la diosa de tiempos pasados.

Esta charla no trata de abordar todas las variantes del feminismo, tanto moderadas como radicales, seculares y basadas en la fe. Me temo que entonces nos enredaríamos en una maraña

¹ Publicado originalmente bajo el título "Notes on the Way", en *Time and Tide*, Vol. XXIX (14 de agosto de 1948), fue posteriormente reimpresso con el título anterior en el libro póstumo *God in the Dock*, publicado por William B. Erdmanns, Grand Rapids, MI.

<http://www.episcopalnet.org/TRACTS/priestesses.html>

de comentarios sociales, teorías a medias y en una subjetividad polémica. Más bien, aquí intentaré considerar la Persona del Padre en relación con el feminismo en su conjunto, ya que hay algunos temas comunes en la reacción feminista general a este principio básico del cristianismo de que Dios es nuestro Padre.

La primera persona en la era moderna que abordó este tema desde una perspectiva psicoanalítica fue, por supuesto, Sigmund Freud. Mucha agua ha pasado bajo el puente desde que Freud lidió con las torturantes neurosis y psicosis de sus pacientes vieneses reprimidos. La psiquiatría moderna ya no se quita el sombrero ante el "Gran Maestro" como lo hacía antes. No obstante, la evaluación de Freud de la creencia cristiana en Dios Padre es fundamental para tratar de entender las diversas reacciones del feminismo en su contra.

Freud argumentó que el "Padre" era una proyección de los humanos sobre la naturaleza de Dios. Algunos de nosotros hemos tenido padres tan pésimos en la tierra que, según se argumenta, buscamos a modo de compensación un sustituto ideal del Padre en el Cielo. Esta proyección, por lo tanto, es neurótica. Trate la neurosis, es decir, nuestro odio medio oculto hacia nuestros padres humanos, y la necesidad de llamar a Dios "Padre" se desvanecerá. De hecho, para Freud, ateo como era, gran parte de la religión cristiana era un mecanismo neurótico de hacer frente a nuestras frustraciones y dolores, pintado en el lienzo del Cielo. La razón por la que el punto de vista de Freud fue tan popular fue su plausibilidad, al menos a primera vista. Está claro que Dios no es ni hombre ni mujer. ¿No enseñó Cristo mismo que: *"Dios es Espíritu y los que le adoran deben adorarle en Espíritu y en Verdad"*? (Juan 4:24). Freud ni siquiera admitía que Dios era como un padre. Dios era la ilusión de un padre ideal, hecho necesario por nuestras ansiedades y heridas. La plausibilidad de este enfoque llevaría a muchos a sugerir que, dado que nuestra experiencia de la paternidad humana fue a veces tan cruel, opresiva y corruptora, deberíamos dudar antes de llamar a Dios Padre o animar a otros a hacer lo mismo por temor a hacer eterno e incommensurable el dolor de conocer lo divino en los corazones y las vidas de aquellos abusados por sus propios padres. Esto hizo que la fe en Jesús y en sus enseñanzas fuera un aspecto de la neurosis en opinión de Freud. ¡Después de todo, fue Él, Cristo, quien comenzó todo el "asunto del Padre"!

Las feministas religiosas a menudo afirman que, si bien el uso de "Madre" también sería una proyección, ya que todo discurso de Dios es simbólico y se deriva de nuestra experiencia humana, la "Madre" Divina debería ofrecerse como una alternativa. La "Madre" es cálida y amable (eso creemos), profundamente imbuida de la oscura calidez y el confort de la tierra, el pecho y el útero. También hay un lado oscuro y abusivo en este discurso materno. ¡Aparentemente, las mujeres pecan tan bien como los hombres! ¡Quienes apoyan estos puntos de vista son a menudo las mismas feministas que no tienen escrúpulos en arrancar la vida humana del vientre materno en el aborto y exhibir su sexualidad en los medios de comunicación (e incitar a los hombres a hacer lo mismo), sobre la base de que esto es empoderador! La Madre

Tierra, como el lobo de Caperucita Roja, también tiene dientes y garras afiladas. ¡El Padre del Cielo no es el único que abusa!

Todos rehuimos, por supuesto, tales perversiones de la paternidad y la maternidad y, sin embargo, la lógica del análisis de Freud es inexorable. A la luz de su análisis, las feministas religiosas han argumentado que el lenguaje que usamos sobre Dios debe ser despojado de sus referencias específicas de género. Dios es vuelto a imaginar como un "Progenitor" Divino, pero no como Padre; o, al menos, si se ha de permitir "Padre," debe permitirse también "Madre." Necesitamos, por lo tanto, revisar la premisa básica de Freud de que la invocación de Dios como Padre es un mecanismo compensatorio por las malas experiencias de la paternidad humana, si el cristianismo ha de ser liberado de sus falsas caracterizaciones erróneas como patriarcal y opresivo.

Fíjese en cómo empieza Freud. Toma algo que es tan obviamente cierto, a saber, que Dios no es literalmente una persona masculina y luego procede a negar la verdad de que Dios es Padre, como si una cosa siguiera a la otra. Dios, por supuesto, puede ser Padre sin ser varón, pero sólo al reconocer que todo lenguaje religioso está refinado por la convicción de que Dios es absolutamente DIFERENTE a todo lo creado. Esta es una de las premisas más básicas de la teología apofática cristiana. No comparamos a Dios (el Increado) con nada (creado). Por lo tanto, Dios no es *como* un padre, Él es *el* Padre, *la* Fuente, *la* Fuente de todo lo que es, con *el* Hijo eternamente engendrado de Él y *el* Espíritu procedente. Hay una "extroversión en el amor" en Dios que hace que "Padre" sea la expresión más singular y adecuada. Es cierto que hay una analogía con respecto a la paternidad humana, pero es una analogía *con* la paternidad humana, no *a partir de* ella. Esta verdad se encuentra en el corazón mismo de lo absurdo del ataque del feminismo a Dios Padre. En el cristianismo, el Padre no es una imagen de nuestros padres *humanos*, porque eso sería hacer de Dios a nuestra propia imagen, un ídolo blasfemo. No, la paternidad humana en su más alta expresión es representada o derivada *de* Dios el Padre, (en otras palabras, estamos hechos a imagen de Dios). Como escribió San Pablo en Efesios 3:14-15:

"Por eso doblo mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesús Cristo, de quien toma nombre toda la familia en el cielo y en la tierra".

Ahora, hay otra cuestión que debemos abordar. ¿Si el Génesis enseña que la imagen de Dios se manifiesta en los hombres *y* en las mujeres, por qué no se puede derivar de Dios tanto la maternidad como la paternidad de tal manera que se legitime a Dios como Madre y como Padre? La respuesta a esta pregunta se encuentra en la naturaleza del poder creativo de Dios. Dios crea sin depender de otro, porque Él es soberano y libre y actúa en primera instancia solo. "Sea," como Él dice, y es. Esta no es la acción de una Madre divina. Las madres, en un sentido humano, actúan de manera cooperativa y receptiva. La maternidad se deriva de la tierra, no de la Divinidad. Esto no hace que la maternidad sea menos santa. Los ortodoxos veneran la materia

como el principio creador y fecundo de la vida, pero esta vida viene en primera instancia del "exterior," por así decirlo, del Padre. Derivar la maternidad de la Divinidad en lugar de la tierra sería darle a Dios un vientre y hacer del Universo "su" Cuerpo. Esta es la esencia misma del paganismo y ha resurgido recientemente en las obras de teólogos herejes como Rosemary Radford Ruether, quien reformuló la creación como el huevo en incubación de la Madre Divina.

Para los cristianos ortodoxos, la maternidad se deriva de la Theotokos, la Madre de Dios. La Segunda Persona de la Santísima Trinidad, el Verbo, el Logos, siendo sin forma, en la Encarnación, recibió de ella nuestra humanidad, cuerpo, mente y alma. Al hacerlo, la Trinidad, una en esencia e indivisa, actuó para que el Logos pudiera venir entre nosotros como hombre y salvarnos. Sin embargo, la historia de las religiones muestra que cuando Dios se convierte en Madre, "ella" se revela como una deidad de doble ánimo, no solo una dadora de vida sino también una destructora de vida, al igual que en la persona de la diosa hindú Kali, que debe apaciguarse para detener su poder destructivo. La Madre de Dios es una afrenta para las feministas porque su santidad protesta por este abuso de la maternidad y el abominable fruto que ha generado, agrio y amargo al gusto; el infanticidio del aborto, la masculinización de las mujeres y la feminización de los hombres. La Madre de Dios es cualquier cosa menos débil y en el servicio de su Hijo no pierde nada de sus cualidades femeninas. Del mismo modo, los Apóstoles (de quienes Nuestra Señora es Reina), en el servicio de Cristo, permanecen varoniles, pero con todo el cuidado maternal y pastoral que corresponde a todos los seguidores de Cristo, tanto a los seguidores como a las mujeres. Por eso la Virgen es la Madre de todos, hombres y mujeres.

El único remedio para todas estas deformaciones del cristianismo es renunciar a Freud y su perversión del evangelio cristiano y volver a una verdadera noción bíblica de Dios Padre y de la paternidad humana; la Theotokos, la tierra creada y la maternidad humana. Esto sólo se logrará reconociendo que los hombres y las mujeres son iguales, pero diferentes en sus relaciones y roles entre sí, y que no es una afrenta a todo lo decente y bueno reservar algunos roles a los hombres y otros roles a las mujeres. Claramente, esto tiene una relación directa con la ordenación de las mujeres.

Por último, ¿se puede perseguir este retorno a la cordura de género sin dejar de abrazar un feminismo más moderado que persiga la igualdad de oportunidades en todos los ámbitos de la vida humana y el trabajo? ¿Un feminismo que sea, digamos, religiosamente neutro? No estoy seguro de que podamos hacer eso. Considere la igualdad de oportunidades. ¿La igualdad de oportunidades es buena, pero qué hacemos con ella?

¿Enviamos a las mujeres a las tropas endurecidas por la batalla en la línea del frente? ¿Bueno, sí, eso es lo que hacemos ahora; pero, es justo que las más íntimamente involucradas en dar a luz la vida se unan a los hombres para terminarla? ¿Del mismo modo, alentamos a los hombres

tan inclinados a castrarse a sí mismos mediante comportamientos de flexión de género (fuera de las tradiciones artísticas del burlesque y el drag)? ¿Bueno, sí, esto se ha convertido en un lugar común, incluso se ha alentado; pero, es saludable? Quienes desafían públicamente tales puntos de vista ahora sufren habitualmente abusos y odio por parte de grupos de activistas y, a veces, la destrucción de medios de subsistencia y visitas de la policía que investiga cargos falsos de “incitación al odio.” ¿Por ejemplo, defiende la autora J.K. Rowling de Harry Potter la noción de “mujer” (y, por lo tanto, una heroína feminista) o es transfóbica (y, por lo tanto, enemiga de todo lo que es bueno y verdadero en la sexualidad humana y la diversidad de género)?²

Occidente ahora promueve la idea de que el género es irrelevante para la función cuando toda la evidencia clama que hay aspectos distintivamente masculinos y femeninos de nuestra humanidad que, si quieren ser honrados, deben permanecer no intercambiables tanto en los roles como en las relaciones entre hombres y mujeres. La evidencia está ahí en términos prácticos no solo en las diferentes formas en que los hombres y las mujeres se relacionan entre sí, sino también en la forma en que los sexos se relacionan entre sí dentro de cada género.

Examinemos ahora la cuestión de la ordenación de las mujeres a los tres ministerios.³

Mujeres en el Diaconado

San Pablo elogió el servicio de los diáconos que lo apoyaron a él y a su ministerio; y entre ellos se contaban varias mujeres. No se hace referencia a Febe en Romanos 16:1-2 como una diaconisa sino como una “diácono de la Iglesia.” Cualquier evaluación de una diaconía femenina tiene que reconocer y aceptar que el Nuevo Testamento apoya plenamente este ministerio y este servicio. La investigación pionera sobre este tema realizada por el profesor Evangelos Theodorou en 1954 fue recibida y respaldada por la Consulta de Obispos Ortodoxos de Rodas en 1988⁴ de tal manera que pocos dudan hoy en día que las mujeres fueron ordenadas sacramentalmente como diáconos en la Iglesia primitiva. Kyriaki Karidoyanes Fitzgerald⁵ ha reunido exhaustivamente las pruebas. Aunque todavía persisten incertidumbres en cuanto a la participación diaconal litúrgica de las mujeres en los primeros siglos, no parece haber ningún obstáculo que se interponga en el camino de una reevaluación contemporánea de estas cuestiones. Gran parte de la evidencia que apoya el renacimiento del diaconado femenino se

² <https://decisionmagazine.com/j-k-rowling-it-isnt-hate-to-speak-the-truth/>

³ No observaré una distinción semántica entre mujer diácono y “diaconisa.” Toda la evidencia histórica muestra que, aunque los roles diaconales masculinos y femeninos variaron en la antigüedad, las mujeres fueron ordenadas al diaconado exactamente de la misma manera que sus contrapartes masculinas.

⁴ *The Place of Woman in the Orthodox Church and the Question of the Ordination of Women*, Gennadios Limouris, ed., (Katerini, Grecia: “Tertios” Publications, 1992).

⁵ Kyriaki Karidoyanes Fitzgerald, *Women Deacons in the Orthodox Church – Called to Holiness and Ministry* (Brookline, Massachusetts, Holy Orthodox Press, 1998).

reunió en las actas de una Conferencia Ortodoxa sobre el tema convocada en 2014.⁶ No me propongo repetir aquí su excelente obra, pero recordemos que en la Iglesia primitiva las mujeres diáconos participaban en la preparación de las mujeres para el bautismo y en el ejercicio del cuidado pastoral dentro de la congregación. Aunque hay poco o ningún precedente histórico para el servicio litúrgico de las mujeres diáconos, no hay razón para suponer que tal servicio sería inapropiado hoy en día. Muchas mujeres dentro de la Iglesia que no necesariamente creen que ellas mismas están llamadas a convertirse en diáconos serían muy apoyadas por la visión de la Iglesia sobre el papel de la mujer en la Iglesia contemporánea.

La única objeción persistente a la renovación de un diaconado femenino proviene de aquellos que creen que se trata de una maniobra política destinada a conseguir que las mujeres, a su debido tiempo, sean ordenadas al sacerdocio y al episcopado, el llamado “borde afilado de la cuña.” Este autor acepta esto como una posibilidad muy real, pero no está en absoluto convencido de que se deba impedir que la Iglesia haga “lo correcto” porque teme las presiones para hacer lo “incorrecto”.

Las Mujeres en el Episcopado y el Sacerdocio

Hay una gran cantidad de trabajo e investigación, tanto ortodoxa como no ortodoxa, sobre esta controvertida cuestión, por lo que me limitaré a resumir aquí los argumentos a favor y en contra, y dejaré que los lectores realicen su propia investigación y reflexión. Por favor, tenga en cuenta que la pregunta debe ser correctamente formulada. Puesto que el presbiterado deriva todo ministerialmente del obispo, la pregunta esencial se resuelve en algo más simple y directo: “¿deben las mujeres ser ordenadas al *episcopado*?” (y por lo tanto, al presbiterado). Estaremos entonces en condiciones de volver a revisar la afirmación de Lewis de nuevos ministerios y nuevas religiones.

Argumentos a Favor

1. Las formas de ministerio continúan evolucionando en la Iglesia en relación con el desarrollo de la cultura y las exigencias de una misión eficaz.
2. Las limitaciones en los roles de las mujeres en la antigüedad son específicas de la cultura e incluso Cristo tuvo que trabajar dentro de esas limitaciones.
3. La idea de que el sacerdote en el altar “representa a Cristo” y, por lo tanto, debe ser de género masculino refleja la enseñanza católica romana tardía (Declaración del Vaticano “*Inter Insigniores*”, 1976), y no encuentra lugar ni en las teologías sacramentales ortodoxas ni en los textos litúrgicos ortodoxos.⁷

⁶ <https://ocf.org/presentations-st-phoebe-center-conference-women-diaconal-ministry-orthodox-churchpast-presentfuture/?fbclid=IwAR3ekrIW9lLw0b5ins67Z0OWE8r43tu5fevC7fSwMINRGOF5DuRlydZy7g>

⁷ http://www.vatican.va/roman_curia/congregations/cfaith/documents/rc_con_cfaith_doc_19761015_inter-insigniores_en.html

4. Las mujeres tienen grandes cualidades y contribuciones que hacer a estos ministerios que se descuidan actualmente y que posiblemente están siendo llamadas por Dios mismo. La igualdad y la dignidad de las mujeres con los hombres, ambos creados a imagen y semejanza de Dios y uno en Cristo sin distinción (Gálatas 3:28), hacen que un ministerio de un solo sexo sea un ministerio empobrecido.
5. La cuestión de la ordenación de mujeres al episcopado y al sacerdocio nunca ha sido considerada formalmente por un Concilio de la Iglesia, ecuménico o local. Textos patristicos tan dispersos y escasos como los que tenemos⁸ sobre el tema, difícilmente ofrecen a la Iglesia una consideración completa y profunda de una cuestión que ya debería haberse debatido hace mucho tiempo.

Argumentos en Contra

1. Cristo solo escogió y llamó a discípulos varones, a pesar de que tuvo amplia oportunidad de llamar a su Madre y a muchas otras mujeres a su alrededor, a todas las cuales trató como iguales sin las inhibiciones culturales habituales de su tiempo que lo restringían. Esto plantea la pregunta de por qué el liderazgo apostólico y la función sacramental fueron vistos consistentemente como prerrogativas masculinas en el Nuevo Testamento y desde entonces en la tradición y práctica de la Iglesia. Nuestro Señor nunca fue reacio a desafiar las tradiciones y prácticas que eran contrarias a la voluntad de Dios.
2. El liderazgo espiritual en la Iglesia del Nuevo Testamento parece reflejarse también en el orden de las familias cristianas y en las relaciones entre hombres y mujeres dentro de ellas. Esto no debería sorprendernos, ya que la familia cristiana también es considerada una "pequeña iglesia," particularmente en los escritos de San Pablo. En Efesios 5:21-33 el Apóstol combina su enseñanza constante sobre la igualdad absoluta de dignidad y valor entre hombres y mujeres con las diferencias dadas por Dios en los roles masculinos y femeninos, siempre confiriendo el liderazgo espiritual al padre y no a la madre. Compara esto con la relación entre Cristo y Su Iglesia. Cristo entrega su vida por la Iglesia, pero también es su cabeza. Lo que sucede en la Iglesia se refleja en la familia cristiana. En las sociedades cristianas debe reflejarse allí también, pero ya hemos superado esa situación, por supuesto, en el Occidente secular poscristiano. ¿Por qué debería la Iglesia seguir los caminos de un mundo que rechaza a Dios en lugar de sus propios mandamientos divinos?

⁸ San Epifanio de Salamina (Chipre) se opuso clara, explícita y enérgicamente a la ordenación de mujeres (Panarion 49, 2-3; 78, 23; 79, 24, t. 2 GCS 37, págs. 473, 477-479), pero lo hizo porque compartía el prejuicio generalizado de su sociedad en ese momento de que "las mujeres son inestables, propensas al error y mezquinas" (79, 1 6). San Juan Crisóstomo tenía una opinión similar de que las mujeres no están a la altura de la tarea. Ninguno de los dos, sin embargo, argumentó que el sacerdocio de las mujeres era una imposibilidad en principio, solo que era una idea defectuosa en la práctica y que nunca se había hecho antes. Las razones que dan parecen, por lo tanto, ser específicas de la cultura, y no teológicas, ontológicas ni de valor permanente. Los Padres se oponen invariablemente a los gnósticos y montanistas, no porque algunas de estas mujeres ordenadas (lo cual era un tema incidental y secundario para ellos), sino más bien a causa de sus herejías.

Adenda: Una Reevaluación Final del Argumento de Lewis

Puesto que los ortodoxos no creen que el sacerdote en el altar tenga que ser varón porque Cristo era varón, entonces se deduce (como ha demostrado el metropolitano Kallistos)⁹ que no se puede objetar el sacerdocio de las mujeres por esos motivos. Además, la afirmación de Lewis de que una mujer de pie en el altar cambiaría la simbología sexual de la Divinidad y la invocación de Dios como Padre parece un argumento débil y sin fundamento. El hecho de que algunas feministas post-cristianas hayan seguido ese camino tiene su explicación en otros factores ya discutidos (correlación no es causalidad). Se puede argumentar con más fuerza que la ordenación de mujeres al episcopado, y por lo tanto al sacerdocio, socavaría las relaciones dadas por Dios entre el hombre y la mujer en la Iglesia, en las familias y en la sociedad.

Consideremos finalmente la tan mal entendida (y falsa) prohibición de las mujeres en el altar.

Apéndice - ¿Mujeres en el Altar?

¿Por qué las mujeres no tienen bendición para entrar en el altar? Modifiquemos la pregunta. ¿Por qué las mujeres de *cierta edad* no tienen bendición para entrar en el altar? Esta modificación es necesaria por las siguientes razones. “Cierta edad” significa entre la pubertad y la menopausia. Es una práctica común, por ejemplo, en la Iglesia de Rusia que las mujeres mayores (generalmente, pero no siempre, monjas o viudas) ayuden al sacerdote en el altar. Además, cuando las mujeres diáconos eran comunes en la iglesia (mujeres canónicamente mayores de 40 años) ciertamente servían dentro y fuera del altar; De hecho, fueron ordenadas en el altar con el mismo rito que los hombres e investidas con el mismo orarion (estola).

¿Por qué, entonces, las mujeres “de cierta edad” no tienen una bendición para entrar en el altar? La respuesta es que podrían estar derramando *sangre*. No tiene absolutamente nada que ver con ser mujer *per se*. Por ejemplo, estricta y canónicamente, si un sacerdote se cortara el dedo durante la preparación de los Dones y si sangrara, entonces tendría que abandonar inmediatamente el altar y no continuar con la liturgia. ¿Por lo tanto, debido a que se trata de sangre y no de género, de dónde viene el tabú del derramamiento de sangre? En resumen, del judaísmo. Esta es la razón de todas las reglas elaboradas sobre cuándo las mujeres pueden y no pueden entrar en la iglesia, el altar y cuándo pueden o no recibir la Sagrada Comunión. Es una reliquia de la ley secundaria mosaica... de la que deberíamos haber prescindido hace siglos. Las prescripciones rituales para la “recepción en la iglesia de las mujeres” sólo entraron en los libros de servicio ortodoxos en el siglo XV y no tienen por qué permanecer allí hoy en día. La omisión de las palabras que hacen referencia a la supuesta impureza en relación con el tema de la sangre en las mujeres se ha convertido ahora en una opción en los Libros de Servicio de Iniciación de la Iglesia de Antioquía. En 1993, el Santo Sínodo de Antioquía decretó que el tabú de la sangre no debería tener cabida

⁹ “Women and the Priesthood” ed. Thomas Hopko, “Man, Woman and the Priesthood of Christ” - Metropolitano Kallistos de Diokleia, página 45 (SVS Press, Crestwood NY, 1999)

en la práctica eucarística contemporánea de la Iglesia, de modo que las mujeres solían mantenerse alejadas de la iglesia durante el parto o durante la menstruación. Las niñas prepúberes a menudo han servido en nuestros altares antioquenos de un lugar a otro y de vez en cuando, pero no es una práctica que haya sido universalmente observada o incluso aprobada por todos nuestros obispos. Queda por ver si el desarrollo lógico del reconocimiento de lo inapropiado de este tabú de sangre en la Iglesia conducirá finalmente a una bendición para que todas las mujeres (de cualquier edad) puedan entrar en el altar y servir. Este no es, como algunos suponen, el inicio de un camino hacia las mujeres sacerdotes, pero es un asunto que necesita ser resuelto a través de la educación, ya que es un tema que rara vez se entiende con claridad... a saber, y repetimos, que se trata de sangre, no de género.

POSTDATA: Por cierto, el autor se cortó una vez el dedo... pero no abandonó el altar. Habría sido incomprensible para la gente si lo hubiera hecho. ¿Además, quién quiere saber si había tenido una "emisión nocturna" involuntaria (como dicen los libros curiosamente) la noche anterior? En sentido estricto, eso también le habría impedido servir. Claramente, entonces, el tabú ni siquiera se refiere a la sangre, sino más bien a los fluidos corporales. Nada de esto, francamente, debería tener cabida en nuestra Tradición. Es una reliquia del judaísmo que debería haber sido eliminada y reformada hace mucho tiempo.

Arcipreste Gregory Hallam

22 de septiembre de 2020